

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

SANTORAL

5 ejemplares semanales
C 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
C 1.25 cada semana.

Nº.
816

- Dom. 7 **Quincuagésima.** San Romualdo abad y los mártires Adaneo y Teodoro.
- Lun. 8 San Juan de Mata pbro., Emiliano confesor y los mártires Paulo, Lucio y Ciriaco.
- Mart. 9 Santos Apolonio, Cirilo de Alejandría y Primo, Donato y Alejandro mártires.
- Miérc. 10 **Ceniza.** Santa Escolástica vg., Benito abad y los mártires Sotera, Jacinta e Ireneo.
Ayuno y abstinencia.
- Juev. 11 **Nuestra Señora de Lourdes.** Santos Lucio y Desiderio obispos; Saturnino y Félix mártires.

- Viern. 12 Santa Eulalia virgen y los mártires Damián, Modesto y Ammonio. *Ayuno y abstinencia.*
- Sáb. 15 San Gregorio papa, Luciano y Esteban obispos.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 15, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 3 de que es Celadora la Srta. Adela Peña M.—María Santísima es: «Aurora de alegría, suntuoso palacio del Rey altísimo, reina de prudencia, virgen llena de gracia.

(Misal antiguo de Cluny)

Domingo V después de la Epifanía

Evangelio según San Mateo—Cap. XIII, vs. 24-30

En aquel tiempo propuso Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias acudieron a él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? pues ¿cómo tiene cizaña? Respondióles: algún enemigo mío la habrá sembrado. Replicaron los criados: ¿quieres que vayamos a cogerla? A lo que respondió: no, porque no suceda que arrancando la cizaña, juntamente arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré a los segadores: coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero.

Aplicación moral

La existencia del mal en el mundo es un problema misterioso que ha atormentado muchas inteligencias. Siendo Dios a la vez tan bueno y tan poderoso; si, por una parte, odia tanto el mal, como lo odia, y tiene, por otra, poder para impedirlo o sofocarlo: ¿cómo es posible que permita su existencia en el mundo?

A este problema responde la parábola de la Cizaña.

Respecto del hombre, Dios le creó también inteligente y libre. Rodeado Adán de circunstancias excepcionalmente favorables, apenas podía mostrar su fidelidad a Dios y glorificarle en el ejercicio de su libertad, si no interviniera un tentador. Por eso Dios permitió la tentación de Adán. Adán cayó en la tentación: y tenemos una nueva aparición del mal en el mundo. Entonces fué cuando propiamente el enemigo sembró en el campo de Dios la mala semilla.

Esta aparición del mal, si fué contra la voluntad de Dios, no por eso fué para él imprevista, ni

se le hizo extraña. Dios, previendo en su eternidad la aparición del mal, en vez de excluirle le hizo entrar en el plan de su providencia. Por eso, cuando espíritus meticulosos preguntan a Dios: «Señor, ¿acaso no sembraste en tu campo buena semilla? ¿De dónde, pues, ha salido esa cizaña?»—el Señor se limita a responder: «Mi enemigo ha hecho eso». Como quien dice: «No créais que es cosa nueva para mí esa cizaña: que bien conozco yo a mi enemigo y le voy siguiendo los pasos. Mas dejé que sembrase la cizaña. Bien podía yo impedirlo, mas no quise, ni era eso conveniente a la integridad de mis designios». Tal es el primer acto, por decirlo así, de la aparición del mal en el mundo. Dios no lo obra, pero permite que lo haga su enemigo.

Pero el mal hace estragos. Espíritus rectos, pero apocados, alarmados con estos estragos del mal en el mundo, acuden al Señor y le dicen: «Señor, ¿quieres que vayamos y arranquemos la cizaña?» Los hombres, como somos cortos en nuestros alcances lo mismo que en nuestra existencia,

somos amigos de apelar fácilmente a medios rápidos, violentos, radicales: sin considerar que muchas veces por impedir un mal ocasionamos otro mayor: como aquél desaconsejado criado de Saúl, que para impedir que despertasen al rey algunos que hablaban lejos, él se puso a gritarles de cerca. Gritos de cerca para impedir voces lejanas: tal es con frecuencia la providencia humana. Dios, en cambio, por lo mismo que es eterno y omnipotente, que con su acción siempre puede llegar a tiempo para obtener el efecto deseado, es mucho más sufrido que los hombres. A los que vienen con esas alarmas, responde sosegadamente: «No hagáis tal: no sea que al arrancar la cizaña arranquéis juntamente con ella el trigo. Dejad que uno y otro crezcan hasta el tiempo de la siega». Tal es como el segundo acto de la providencia de Dios sobre el mal: sufrir por algún tiempo sus estragos.

LA RELIGION CATOLICA Y SU DEFENSA

Bien sabido es que la Religión Católica ha sufrido siempre persecución. Las pasiones corrompidas del hombre no están conformes ni con la doctrina que predica, ni con la moral que enseña y de aquí ese incesante clamoreo que levantan contra ella y esa lucha que continuamente sostiene. El fin de esta guerra pertinaz es raerla de la faz de la tierra y para conseguirlo, numeroso y pertrechado ejército se ha conjurado, formando parte de sus filas lo mismo los que se llaman potentados, como los que se cuentan en las clases humildes y trabajadoras.

Pero no hay por qué extrañarse de esta lucha y de este odio. Es la guerra entre el bien y el mal; entre la verdad y la mentira; entre la luz y las tinieblas; entre Dios soberano y la criatura rebelde y orgullosa; guerra que tuvo su principio en el mismo cielo, se extendió al paraíso y no terminará sino al fin de los siglos.

La Religión Católica es la luz, la verdad, la vida de las almas: es sabiduría, ciencia y virtud para el espíritu y belleza, fuerza y vitalidad para el corazón. ¿Cómo no la han de perseguir el vicio, la hipocresía, la mentira, el error, si es ella la que les arranca la careta con que se cubren y los presenta en toda su desnudez y fealdad? ¿Podrá nunca el lobo dejar de arrojar sobre el inocente corderillo, o el gavilán de lanzarse sobre el incauto pajarito? Pues jamás podrá haber tregua, ni paz, entre la Religión Católica y sus enemigos.

Al católico no le queda más recurso que luchar y luchar sin descanso, sin vacilaciones, con todo el valor que un soldado de Cristo debe sentir en la defensa de la verdad, y siempre con el optimismo más firme, pues palabra divina es aquella que asegura que nunca las puertas del infierno, prevalecerán contra ella.

Mas ya que hay que luchar ¿cuál ha de ser nuestra estrategia, cuáles nuestras armas?

La contestación no puede ser más fácil. Hemos de emplear el mismo método que se ha seguido siempre; hemos de obrar del mismo modo que obraron los apóstoles en la conversión del mundo y hemos de seguir la misma norma que siguieron aquellos primitivos cristianos. En aquellos tiempos no se hablaba más que de Jesucristo: este era el tema de todas sus conversaciones. Su vida sencillamente expuesta, sus milagros, su doctrina, su amabilidad, su infinita caridad y su pasión sangrienta herían tan fuertemente el alma de los obstinados gentiles, los cautivaba en tal forma, que al hacer la comparación de sus dioses con el nuestro no podían menos que reclamar: ¡Qué bueno es el Dios de los cristianos! Y decididos abandonaban sus ídolos y la religión que antes siguieron y se hacían cristianos, a pesar de los peligros que tenían que correr por abrazar la religión del crucificado. Así se exten-

dió, se propagó y difundió el cristianismo por todas partes.

¿No puede hacerse esto mismo ahora? ¿No están acaso las almas sedientas de verdad? ¿No es por ventura la ignorancia más supina la que tiene a tantos sujetos al error? Hagámonos todos apolo-gistas de nuestra sacrosanta religión tan combatida, injuriada y calumniada hoy día: hablemos de ella, de la pureza de su doctrina, de la grandeza y sublimidad de sus misterios, de sus dogmas y misterios, de sus dogmas admirables: opongamos a razones falsas que presentan los errores modernos, las razones sólidas con que cuenta nuestra fe; a máximas inmorales e inspiradas por pasiones desordenadas, las máximas puras y santas del Santo Evangelio; a ejemplos de una virtud de oropel, ejemplos de nuestros santos y de tantos héroes cristianos como tiene la Religión Católica; resolvamos las objeciones que se nos presentan y nunca por temor o por cobardía dejemos de salir en su defensa cuando la veamos atacada.

¿No proceden en esta forma sus enemigos? La propaganda de sus errores no puede ser ni más universal, ni más constante, ni más eficaz: no desperdician ocasión, circunstancia, ni medio para difundir sus ideas. Los veréis en todas partes; se introducen en todos sitios, defendiendo sus doctrinas, demostrando la necesidad de abrazarse con ellas, la utilidad de inscribirse en sus centros, encarecen y alaban y cuentan lo que hacen, lo que trabajan, lo que se desviven, por el bien de sus socios; y en las calles, en las plazas, en los cafés, en los centros, en las asambleas, en fin, en todo sitio, exponen sus ideas. Así han conseguido apartar de la fe a tantos hombres sencillos y honrados, así han logrado que tantos odien lo que antes amaron.

Hablemos, pues, nosotros y hablemos claro. Una palabra bien dicha y con oportunidad; una aclaración a una duda; una buena respuesta a la objeción, burla o grosería de un petrimetre enfatuado, un rasgo de valentía cristiana ante unos descreídos, una conversación agradable en que se cante las glorias de nuestra religión ¿cuánto bien no pueden hacer a la causa católica?

Pero aún hay otra arma más poderosa y eficaz y es la prensa.

Una conferencia, un discurso, una discusión, o una simple conversación la oyen pocos; no dura más que unos momentos y queda reducida a un local; pero el artículo, bueno o malo, que se imprime, se lee por millares de personas, en centenares de pueblos y todos los días.

Y ¿qué no han conseguido nuestros enemigos con la prensa? Con ella han amortiguado la fe en los corazones cristianos; han destruido la piedad en los pueblos; han acabado con las tradiciones religiosas, y han corrompido las costumbres.

Es, pues, de todo punto necesario que ya que con la prensa se ataca a la Religión Católica, con la prensa la defendamos. A esa prensa impía hay que oponer una prensa netamente católica; una prensa que no se doblegue al error; intransigente con el mal; que no sea de medias tintas, ni de esas que llevadas del interés encienden una vela a San Miguel y otra al diablo; una prensa valiente y firme, que diga la verdad y siempre la verdad.

Ya que tanto se lee pongamos en manos de todos el diario, la revista, el semanario, la hojita católica. No nos contentemos con leerla nosotros; hagamos participantes a los demás de su lectura. Y ¿qué frutos no obtendremos? Ya que ella habla en católico, educará en católico a sus lectores; les descubrirá lo falso de los argumentos en que se apoyan los enemigos de la Religión, les manifestará los lazos que tienden a los incautos y sobre todo les hará amar una religión, que es la más bella, la más pura y la más santa de todas las religiones, porque es la única verdadera, por ser Jesucristo su fundador, que es la verdad por esencia.

LA FE Y LA CIENCIA

(Entre dos estudiantes)

«Tampoco ésta». dijo Jorge, cerrando con cierto despecho el libro.

«¿Qué le pasa, colega?» preguntóle el otro sonriendo.

«Tampoco ésta me satisface....»

«¿Qué libro es ése?...

«Es la historia del Soldati. Quería leer algo completo de las Vísperas Sicilianas y en ningún libro encuentro los detalles del hecho, de las causas y consecuencias.»

«Busca en el Cantú».

«No le tengo».

«En la biblioteca municipal ha de estar».

«Y además, tengo antipatía por ese autor».

«¡Oh!...»

«Si César Cantú es católico, la suya no debe ser una buena historia».

«Aumenta el estupor en el colega de Jorge, que hubiera querido contestar a tono, pero antes que pronunciara palabra, Jorge continuó:

«Solamente ayer el profesor de filosofía nos decía que la Iglesia católica corta las alas de la inteligencia, enerva la voluntad, cierra todo camino a la discusión científica y a la investigación; ella, en fin, es la negación de la ciencia.»

El otro quería contestar al colega, que a pesar de los categóricos asertos del profesor, César Cantú era el primer historiador italiano; pero se le ocurrió otra idea. Dijo:

«Pues, si no te agrada Cantú, busca en la Biblioteca Nacional las obras de Carini».

«¿El célebre paleógrafo y arqueólogo?»

«Ese mismo: he sabido que fué encargado por el gobierno italiano de estudiar la cuestión».

«Voy enseguida por ellas. El profesor Carini es profundo y sus obras me han gustado inmensamente».

Estas últimas palabras las dijo Jorge en la escalera, pues el fogoso estudiante, apasionado cultivador de la historia, había ya tomado su sombrero, y así, en *negligé*, se había encaminado hacia la biblioteca.

Tres días después, encontrándose con el amigo, no sabía cómo agradecerle el consejo recibido.

«Y ¿qué te parece ese estudio, querido Jorge?» preguntó el colega con su habitual sonrisa en los labios.

«Te digo que no necesito más. En ningún autor he encontrado tan profundo conocimiento de los hechos, tanto orden en exponerlos y tanto criterio en saber determinar sus causas».

Aumentó la sonrisa del buen amigo al oír tantos elogios para el Padre Carini en los labios del sincero Jorge.

Su jugada había salido a maravilla.

«¿De qué te ríes?» preguntó Jorge, que no había caído en la cuenta.

«Ya que lo quieres saber, te diré que me río de ti».

«¿Cómo?»

«Como lo oyes. ¿Conoces tú la vida del célebre paleógrafo Carini?»

«Yo no».

«Te la voy a narrar en cuatro palabras. Nació Isidro Carini en Palermo en 1845. Estudió en el colegio de jesuitas y en el seminario, en donde se recibió de sacerdote. En el 72 fundó el Archivo Histórico Siciliano, en el 73, la Sociedad Sícula de Historia Patria. En el 74 fué profesor de paleografía, etc. Llamado a Roma por el Papa, fué hecho prelado doméstico y obtuvo la cátedra de crítica histórica en la nueva escuela vaticana. Sus principales obras...»

«Basta, basta, amigo; me convenzo de que a veces los profesores de filosofía desbarran por demás».

A pesar de todo, seguirán siempre los enemigos de la Iglesia, a quienes llamaba un crítico burlón *murciélagos de la inteligencia*, con sus invectivas y apodosos contra los hombres de ciencia y de fe....

¡Tenedles lástima, y rogad por ellos!

IDEALES IMPOSIBLES DEL SOCIALISMO

¡No más religión en la humanidad! He aquí el ideal del socialismo. Ya no se contenta con decir, no más propiedad, no más familia, lanza este otro grito también: no más religión, no más altares, no más sacerdotes, no más culto, no más fiestas religiosas.

Así después de diecinueve siglos de cristianismo, vuelve a resonar esta palabra impía que tiene tres mil años de fecha. «Hagamos por que cesen sobre la tierra todas las fiestas de Dios». Destruyamos los altares, arrasemos las iglesias, persigamos al clero; desaparecidos estos elementos de la vida religiosa, no habrá ya religión; el progreso saldrá de la ruina de todas las religiones.

Jamás en la humanidad se había visto nada semejante. Bajo este aspecto se presentará nuestro siglo delante de la historia llevando en su frente la vergonzosa inscripción: «Yo, el siglo XX proclamé por la voz de un millón de ateos, como la ley de adelantamiento la abolición de todas las religiones».

¡Cómo! La religión, que se halla en la cuna de toda sociedad naciente y en el camino progresivo de la misma; la religión, que un ilustre pagano proclamó como la fuerza motriz de todo lo existente, cuando dijo la asombrosa frase todo se mueve por la Religión; la Religión, que es para el mundo humano lo que la semilla para el vegetal, lo que la sangre, para el cuerpo, lo que la electricidad para la naturaleza; es decir, una verdadera condición de vida; ¿cómo así se intenta lanzar de la tierra y arrebatar al hombre este celestial don que une la humanidad a Dios y que haya en el fondo de todas las cosas?

¿Pues, por qué no arrancáis a la naturaleza el calórico, a las plantas la semilla y la sangre a nuestras venas? Cierta cosa es que más fácilmente viviría el árbol sin la savia, la planta sin la raíz y el cuerpo sin la sangre que circula por las venas, que el alma del hombre sin religión. En efecto, este sentimiento religioso es la respiración natural de la humanidad de todos los tiempos y de todos los siglos. Nuestra alma respira lo divino como nuestro pecho el aire y gravita hacia el cielo como el cuerpo hacia la tierra. Pues, ¿cómo explicar tal guerra sistemática contra la religión? ¿Cuál es su crimen? ¿Qué mal ha hecho? Nos hallamos ante un misterio verdaderamente inexplicable.

Explícate sin embargo este antagonismo de la falsa idea socialista con la idea religiosa.

Es que el socialismo alcanza, como por instinto, que en la Religión y sobre todo en el cristianismo, que es la religión por excelencia, está el fundamento divino que lo sostiene todo en la humanidad; es que advierte que la Religión aun despojada de toda influencia directa en el orden político y social, es el postrer escudo que le impide pasar y conseguir su objeto; es que adivina que ahí está la autoridad que rechaza todas las anarquías; que ahí, en una palabra, está la fuerza divina que dice a la idea devastadora como Dios al mar. «De aquí no pasarás».

No nos abandonemos, por tanto, en brazos del socialismo. Es preciso resistir. Mas ¿cómo? ¿Por la fuerza, por el hierro? No es este nuestro ministerio, ministerio de verdad, de paz y de amor. Os pido la resistencia que el Papa nos enseña en sus admirables encíclicas; la resistencia doctrinal, cantando entero y siempre el credo católico.

POLVO ERES Y EN POLVO TE CONVERTIRAS

¿Qué nos dice ese canto que retumba en el templo? Esa lúgubre campana, ¿qué nos dice en sus gritos de agonía? Una generación baja a la tumba, otra generación crece hoy lozana, pero a la tumba bajará mañana...

¡Insensato!, mientras dure este confuso entremés, uno representa al pobre, otro representa al rey, éste alza erguida la frente, aquél le lame los pies; mas iguales los espera y recibe tumba cruel,

y al devorar un cadáver no pregunta de quién es.

Que a la entrada del sepulcro deja el noble su allivez, y sus adornos la dama, y el guerrero su laurel; y trémulos y desnudos van a quién es Dios y Juez, que pide espantable cuenta y pesa en balanza fiel las miserias del mendigo, la pompa y goces del rey.

A. APARISI Y GUIJARRO

LA CONFESION

Parece mentira que a principios del siglo XX, que aún no tiene nombre, pero es hijo de las luces, todavía se hable en el mundo de confesión.

La confesión, ¿quién no sabe que es un atentado a la dignidad humana? ¿Quién ignora es completamente incompatible con la grandeza del sér inteligente y libre?

¿Qué persona que se respete, sobre todo si es libre-pensadora, se arrodilla delante de un sacerdote para decirle sus pecados?

El santuario de la conciencia es por completo inviolable.

La Iglesia pudo imponer semejante práctica en tiempos de obscurantismo; pero de ninguna manera ahora que ya gozamos refulgente luz de la cultura modernista.

Excuso decir que tales cosas no las piensa el pueblo, el cual sigue confesándose como Dios manda.

Tampoco las dicen los sabios, que saben perfectamente la grandeza que encierra ese Sacramento de la Misericordia Divina.

Esos discursos los pronuncian los jóvenes un sí es o no es hueros y averiados, que no han logrado nunca aprobar un curso en ninguna de las facultades científicas.

Las dicen, sobre todo, los defensores del juicio oral y público, donde obliga al delincuente a confesarse delante de todo el mundo.

Es muy notable lo que sucede con este asunto.

Dicen los que se llaman los defensores de la dignidad humana, que combaten la confesión porque el manifestar a un hombre los secretos del alma, les parece insoportable.

Y a renglón seguido proclaman que se puede y se debe y es signo de cultura, publicar a los cuatro vientos las miserias de una persona acusada de cualquier delito.

La manifestación de los pecados hecha a un solo hombre y bajo un secreto impenetrable, les parece horrible. La manifestación de los pecados de toda una vida de miserias, hecha ante un público que va allí como a un teatro, esto les encanta y les entusiasma.

La confesión es una crueldad; y sin embargo, en ella no se manifiestan las faltas más que para recibir la absolución.

El juicio oral no es cruel; pero suele suceder que después de una sesión aménisima se condene a muerte a un desgraciado.

Se me dirá que se trata de un delincuente.

Cierto; pero, ¿es tan infalible la justicia humana que nunca se equivoca?

Y, por otra parte, ¿hay derecho en la sociedad para aplicar la pena de vergüenza pública?

Aquellos reos emplumados y paseados por las calles, ¿son algo que se deba imitar en los tiempos presentes?

¿Qué tiene que ver la ignominia de los emplumados con la de los sacados en la información periodística?

Dos aspectos tiene todo delito. El de ofensa de Dios y ofensa de la sociedad.

Los hombres castigan fuertemente el delito.

A Dios le basta con que se diga: «Me pesa», para que conteste por boca del sacerdote. «Yo te perdono, vete en paz».

X. X.

EL HOGAR

La primera condición para que las costumbres conserven su pureza y energía, es que la mujer no se aparte del hogar; que el jefe de la casa ejerza su poder tutelar, que la esposa vea en su marido el guía, el protector, el amigo fiel y fuerte que ella y su prole necesitan; que el niño se acostumbre a los cuidados y ternuras de su madre. Es preciso que en alguna parte haya un sitio consagrado a sus alegrías, a sus pesares íntimos, una casa o suburbio, en donde toda la familia se considere como en su patria y guarde de ella en el resto de su vida los gratos recuerdos de los que viven y de los que faltan.

Y así como no hay religión sin templo, no hay familia sin los recuerdos íntimos del hogar.

El hijo de la fiereza que duerme en ignorada cuna, a quien los dos seres que debían amarlo y acariciarlo le hurtan el cuerpo y las miradas, no está armado, ni puede estarlo, para las luchas de la vida.

Un fondo de religión tierno y poderoso, sin errores, nos consuela sin saberlo, nos aparta del mal sin esfuerzo y nos conduce suavemente al bien.

El día de los crueles desengaños, cuando creemos que el corazón se desprende a fuerza de sufrir y vienen, como visión encantadora, esas niñerías que no se pueden contar y nos hacen estremecer; esos llantos, esos besos, esas sonrisas, aquella grave y dulce esperanza murmurada con tanta ternura.

Esta sí es la fuerte viva de la moral.

Podemos escribir libros y escribir teorías sobre el deber y los sacrificios; pero los verdaderos profesores de moral son las madres, las que aconsejan el bien en voz baja, las que con una caricia recompensan la abnegación y sacrificio, y nos dan ejemplo de resignación y de valor; las que enseñan a los niños sentimientos tiernos y las severas leyes de la honradez.

Allí, en ese humilde hogar, en esa comunidad de miserias e inquietudes y caricias, se crean los amores verdaderos, se producen las enérgicas resoluciones y se tiemplan los caracteres duraderos.

JULIO SIMÓN

MANDAMIENTOS PARA LA FELICIDAD CRISTIANA

Vida honesta y arregla da, usar de pocos remedios, y poner todos los medios de no alterarse por nada; la comida moderada, ejercicio, devoción, y alguna recreación; vivir en campo es muy sano, poco encierro, trato humano, y continua ocupación.

Imp. EL HERALDO, Cartago